

# Un chico golpeado, un chico golpeador

Una reflexión acerca del odio, el sadismo y la destrucción de sentido en los fenómenos transgeneracionales a propósito de la supervisión del análisis de un chico golpeado y una carta de su padre.

*Silvia Nussbaum*

## **INTRODUCCION**

Me propongo explorar los fenómenos de sentido que aparecen en el análisis de un niño generados por transmisión transgeneracional<sup>1</sup>. Me interesó especialmente la repetición de un *pattern* en la resolución del complejo de Edipo.

Para cumplir con los propósitos de este trabajo necesito introducir distinciones sobre cómo pensamos el odio; mostrar el valor identificadorio que tienen las fantasías parentales contribuyendo a la constitución del Yo y estudiar en ese marco el papel del odio en la transmisión de sentido entre generaciones. Para ejemplificar dos vicisitudes en la transmisión transgeneracional, voy a comparar la clínica de Ignacio, que aquí describo, con el historial de Piera Aulagnier, Philippe.

## **SOBRE LA NECESIDAD DE INTRODUCIR DISTINCIONES ENTRE EL ODIO Y LA DESTRUCCION DE SENTIDO**

Es larga la bibliografía que destaca el lugar que tiene el odio en la etiopatogenia de la psicosis y la perversión, enfatizando el

---

<sup>1</sup> Hay ya numerosos trabajos sobre lo transgeneracional que nos alertan sobre determinaciones de sentido que no estaban previamente previstas; entre ellos destacaría los de Gregory Bateson (1956), Theodore Lidz (1956), Niederland (1959, 1963), Piera Aulagnier (1975, 1985), Haydée Faimberg (1986, 1989), René Kaës (1993), etc.

perfil destructivo y antivincular de este sentimiento. No intento desconocer este punto de vista, pero quiero referirme también a la función vinculante que puede tener.

Probablemente llame la atención considerar esta emoción desde una función vinculante que voy a rescatar y diferenciar de aquellas circunstancias en que supone un “ataque al vínculo”. Propongo que una elucidación más precisa acerca del odio, que no achate en una sola categoría un fenómeno que creo extenso y complejo, permite pensar y diferenciar diversas modalidades de pasaje de lo impensable a lo pensable, y así entender distintos destinos y resoluciones. Examinar esta cuestión con más sutileza, a mi juicio, va a redundar en una mejor comprensión del papel del sadismo, el odio, la destrucción de sentido y a la vez creo nos va a enriquecer discutir si la clínica del odio se agota en concebirla como un fenómeno autogenerado concebido sólo desde la pulsión, y de las vicisitudes de la fantasía, o también debiéramos incluir la riqueza que puede agregar el vértice transgeneracional por vía identificatoria.

#### **EL PAPEL DE LAS FANTASIAS PARENTALES EN LA CONSTITUCION DEL YO COMO RESIDUO IDENTIFICATORIO**

El psicoanálisis, a través de la noción de identificación, mostró una perspectiva que se reveló muy fecunda a la hora de dar cuenta cómo se constituye la subjetividad, iluminando no sólo cómo adviene el Yo y la identidad, sino que también ha dado bases firmes para nuestra reflexión psicopatológica.

Cada sujeto, así lo ha planteado el psicoanálisis, no sólo es para sí mismo su propio fin, es sujeto también de las formaciones y de los procesos del inconsciente que lo dividen. Sabemos que en el inconsciente encontramos eslabones de la cadena de los sueños de deseo irrealizados de los padres, cadena de la que es miembro, heredero y transmisor, eslabón de una cadena más amplia como sostiene Kaës (1989), siguiéndolo a Freud. Vemos entonces, en la circulación de significados entre generaciones, la transmisión y repetición de encrucijadas que devienen determinantes del modo en que se constituye cada individualidad dentro de la trama familiar que la precede y la sucede. Por cierto, esta perspectiva no desconoce que a la vez cada individuo modelará

#### UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR

de acuerdo a sus propias circunstancias el paquete identificador con que se encuentra. Piera Aulagnier (1984), nos dice que el Yo es efecto de la apropiación de los enunciados identificatorios que sobre él se formularon. El Yo pondrá entonces a prueba sus deseos y sus afectos y se comprometerá en sus acciones, enunciando sus propios pensamientos y sus proyectos singulares. Desde esta perspectiva el Yo es un constructor e inventor de una historia libidinal, su novela familiar, de la que extrae las causas que le parecen razonables y acepta las exigencias de las duras realidades con las que le es preciso cohabitar (P. Aulagnier, 1984). Me interesó esta concepción –advenimiento del Yo como residuo identificador– así como la correlación que se puede establecer con aquellas figuras que han servido como dadoras de identificación.

#### EL ODIO, DOS VICISITUDES: LA RIVALIDAD EDIPICA Y LA ANIQUILACION DE LA REALIDAD PSIRUICA

La teorización acerca del odio ha acompañado a la historia del psicoanálisis. Las primeras pistas las encontramos a partir del autoanálisis de S. Freud (Anzieu, 1975). Freud toma conciencia cómo en sus sueños aparecen deformados los deseos asesinos que tenía respecto de su padre. La agresión es entonces situada en el marco del complejo de Edipo, conservándose tanto los vínculos con los otros como la representación que de ellos tenemos, pero luego comprendió que su concepción inicial, apoyada en un aparato psíquico que realiza deseos, no explicaba todo lo que le ocurría a sus pacientes. La fenomenología de *Lo siniestro* (Freud, 1919), anticipa lo que va a describir en *Más allá del Principio del Placer* (Freud, 1920). La conceptualización en torno a la pulsión de muerte intentó abarcar esta clínica. Melanie Klein (1952,1955), tomó decididamente partido y convirtió a esta noción en un punto de anclaje de su importante investigación. Abrió, desde esta postura, un muy interesante desarrollo en torno a las ansiedades psicóticas. Sus seguidores continuaron este camino; así Bion (1955) llamó la atención sobre rasgos de la personalidad esquizofrénica, entre ellos voy a destacar, “el predominio de impulsos destructivos”, especialmente “el odio a la realidad interna y a todo lo que contribuye a su reconocimiento”. Merece especial

atención la noción de ataque al vínculo (Bion, 1960), en la que toma especial importancia el odio a la emoción. Se ataca, según Bion, la función vinculante de la emoción. Hanna Segal (1984) enfatiza –sintetizando su visión respecto de la psicosis–, la importancia de tomar en cuenta *la tendencia a aniquilar, la necesidad de aniquilar el sí-mismo que percibe y experimenta, así como lo que es percibido* (lo destacado es mío). La noción de odio a la realidad psíquica se reveló entonces como una contribución central para la comprensión de la psicosis y por extensión también a la perversión.

Pienso, sin embargo, que es importante conservar la distinción entre el odio que mantiene una matriz vincular, del que lleva al aniquilamiento de la posibilidad de pensar, que da como resultado la destrucción de la realidad interna, que conocemos como catástrofe psicótica. No siempre el odio deviene impensable o irrepresentable. Reparemos que junto a Bion (1965) podemos decir que con “reverie” o función alfa mediante, puede el temor al aniquilamiento transformarse en afecto o pensamiento.

Me resulta útil para seguir avanzando la distinción entre “emoción” y “antiemoción”. Referencias de esta idea podemos encontrar también en Bion (1965, 1970) con su distinción entre vínculo K, L y H y –K, –L y –H, y su tabla negativa. A mi juicio, Bion permite pensar, a partir de estas ideas, la diferencia entre el odio, vínculo “H”, afecto pleno de emoción y la falta de emocionalidad de la antiemoción.

La pulsión de muerte, por una lado, dio sustento a explicar lo irracional, pero simultáneamente abrió una discusión acerca de si toda la fenomenología del odio podía ser subsumida en la pulsión de muerte. La polémica llega hasta nuestros días y atraviesa nuestras discusiones.

Una muestra de la importancia que adquirió la noción de pulsión de muerte, la encontramos en que fue el tema elegido por el *Primer Simposio de las Sociedades Europeas* en 1984<sup>2</sup>. Uno de los ejes que despertó interés entre los relatores, fue la distinción entre Nirvana y odio. En este simposio, Laplanche planteó que se

---

<sup>2</sup> Este Simposio se realizó en Marsella el 30 y 31 de marzo de 1984, organizado por la Federación Europea de Psicoanálisis. Fue publicado en francés en 1984 y traducido al español en un libro bajo el título “La pulsión de muerte”, 1989, Amorrortu, Buenos Aires.

## **UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR**

debiera tener en cuenta los componentes agresivos de la “relación especular”. Es claro que en esta concepción, al pensar la agresividad vinculada a lo especular, el odio no es un mero fin pulsional, involucra al Yo, se odia desde una identificación<sup>3</sup>. Esto me llevó a pensar que son dos problemas distintos: si el Yo tiene que administrar y defenderse de un sentimiento de destrucción interna, que con Bion podemos llamar sentimiento de aniquilación, de un Yo que odia desde una identificación.

André Green planteaba allí que es imposible decir algo acerca de la pulsión de muerte sin referirse al otro término del par que forma con la pulsión de vida. Propone que lo esencial de la pulsión de vida es asegurar una función objetalizante. Del lado opuesto, la perspectiva de la pulsión de muerte es cumplir una función desobjetalizante. La manifestación propia de la pulsión de muerte es el desinvertimiento. Desde su punto de vista, las manifestaciones de la psicosis están ligadas con el empobrecimiento del Yo librado al desinvertimiento<sup>4</sup>. Este razonamiento de Green conduce a la distinción entre narcisismo de vida y narcisismo de muerte (Green, 1983). Esta diferenciación se revela importante en tanto Green reserva para el narcisismo de vida los aspectos estructurantes que hacen a la constitución del Yo, y narcisismo de muerte, a lo que tiende al nirvana.

Entonces, frente a la pregunta acerca de si la pulsión de muerte subsume toda la teorización del odio en la teoría y en la clínica psicoanalítica, prefiero conservar la distinción entre el odio, emoción que conserva la trama vincular y que se tramita en el marco de la trama edípica, y los fenómenos de desinvertimiento que dan por resultado la falta de pasión y el vacío, o de ruptura del aparato, siguiendo a los autores post-kleinianos.

### **LA TRANSMISION DE LA IRRACIONALIDAD Y LA FALTA DE INVERTIDURA**

Quizás porque Freud aparentemente no conocía al padre de Schreber, ha llamado la atención de comentaristas de su obra el

---

<sup>3</sup> Este también es el modo en que lo piensa Freud (1923), cuando dice que el amor y el odio no son fines pulsionales, quien ama u odia es el Yo.

<sup>4</sup> Este es el modo en que pone Green (1984) en sus propias palabras la “vivencia de fin de mundo” descripta por Freud en Schreber.

que no hubiese referencias a los padres, en especial al padre de Schreber en el historial de Freud. No es que estos comentaristas tengan una visión ingenua que ignore la realidad psíquica; la continuidad de sentido entre padres e hijos sabemos que no es sencilla, mecánica ni lineal. Freud (1932) señaló que la severidad del Superyó desarrollado por un niño, en modo alguno espeja la severidad de trato que ha experimentado<sup>5</sup>. Pero advierte que “sería incorrecto exagerar esa independencia, no es difícil convencerse de que la severidad de la educación ejerce fuerte influjo sobre la formación del Superyó”. Niederland (1959, 1963), en un aporte surgido desde una aplicación del psicoanálisis, ha dado una luz nueva al estudio de este problema, mostrando el papel que, a su juicio, tuvo el padre de Schreber en la psicosis de éste. Diferentes contribuciones, que ya son clásicas en la literatura psicoanalítica (Gregory Bateson, 1956; Theodore Lidz, 1956, etc.), han enfatizado la transmisión de la irracionalidad de padres a hijos. Todos ellos acentúan el papel de la no investidura de los hijos, enfatizando además cómo la divergencia se percibe como un factor de desquiciamiento. Exaltan el lugar determinante que juega la imposibilidad de construir la alteridad y la diferencia, en la producción de la psicosis.

Siguiendo esta tradición, quiero acentuar el papel que le cabe a la no investidura de los hijos en la transmisión de la irracionalidad. Para ello me resulta particularmente importante, y hace al núcleo de este trabajo, la conceptualización de P. Aulagnier (1975, 1984) acerca del deseo de los padres, el advenimiento del Yo y la psicosis. Mi planteo, siguiendo a esta autora, intenta una contribución a la distinción entre “no deseo” y “odio”, este último como representante pulsional libidinal; más precisamente, discriminar entre el odio y el deseo de muerte expresado como una falta de deseo o un deseo de no deseo. Cuando lo que preside el vínculo es el deseo de no deseo, la consecuencia es la desinvestidura del mismo; con odio en cambio, puede conservarse la alteridad. Si así ocurre la emocionalidad impregna el vínculo, y se dan las condiciones de posibilidad para transformar lo impensable en algo pensable.

---

<sup>5</sup> Freud (1932) le reconoció el mérito de este descubrimiento a M. Klein y a los analistas ingleses.

**UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR**

Ignacio, un nene de ocho años, fue enviado por orden judicial a una consulta. Las autoridades de la escuela a la que asistía, al verlo lleno de moretones, hicieron la denuncia correspondiente. Ignacio era pegado por su padre. El juez de menores, luego de examinar el caso, dictaminó que fuese a vivir con su abuela y también que se hiciera una consulta psicológica.

A las entrevistas diagnósticas vino acompañado por su madre. El padre de Ignacio no concurrió; frente al requerimiento de su presencia mandó una extensa carta.

La mamá era una mujer infantil, parecía no tener contacto empático con el sufrimiento de su hijo. El informe de la escuela decía que Ignacio no tenía problemas de aprendizaje, más aún, su rendimiento escolar era bueno. Gozaba de la simpatía de sus maestros y hasta inspiraba ternura en ellos, podía hacerse querer. Sin embargo, presentaba problemas de conducta, pegaba a sus compañeros y en oportunidades no obedecía, a veces resultaba irritante, despertando sentimientos hostiles. En las horas de juego diagnósticas se mostró retraído, el clima emocional estaba dominado por ansiedades paranoides. Tanto los juegos, como los gráficos eran convencionales, parecían de alguien que no se sentía cómodo en la situación de entrevista, trataba de cumplir y salir del paso. El analista tenía la impresión de que Ignacio no sabía muy bien si ese era un lugar donde iba a ser ayudado o se iba a culpabilizar a él y o a su padre.

Ignacio fue tomado en tratamiento. En las primeras sesiones, poco a poco fue cediendo el clima convencional defensivo que había impregnado las horas diagnósticas. Se empezó a mostrar como un niño con dudas de encontrar un lugar, se paraba en la puerta, luego con un andar indeciso entraba, miraba con detenimiento el consultorio, se quedaba parado junto a la silla, exploraba de modo tímido la caja de juegos, tocando cada una de las cosas sin detenerse en ninguna. Daba la sensación que no se convencía de su derecho a jugar, que ese consultorio, que ese analista, esa hora, esa caja de juegos estuviesen destinadas a él. En la cabeza del analista esta impresión tomó la forma que adoptó como modelo, que Ignacio no se sentía un niño con “legítimos” derechos. ¿Quizás, dándole forma al modelo que imaginó el analista, Ignacio no se pensaba como un “hijo legítimo”, o un

“paciente legítimo”? El analista interpretó, frente a la reiteración de esta configuración, que parecía confirmar su ocurrencia contratransferencial, que Ignacio creía que no le correspondía estar allí con él. Si bien pareció no escuchar lo que el analista le había dicho, su modo de estar en esa sesión y en las siguientes fue cambiando. De a poco fue tomando posesión de la sesión ensayando distintos juegos de reconocimiento, buscaba la mirada del analista y esbozaba una sonrisa. Más adelante aparecieron juegos de mayor contacto, carreteaba autos haciéndolos llegar hasta el analista, tiraba una pelota que el analista debía devolver.

Algunos meses después, en la primera sesión de una semana, luego de una reticencia inicial, le propuso al analista que lo llevara a caballito. El analista aceptó, pues formaba parte del encuadre interno, prestarse a un juego cuando un paciente lo propone. A Ignacio se lo veía contento, gozoso. El analista por un momento tuvo una sensación de incomodidad, se encontró preguntándose si estaría bien lo que estaba haciendo, si no sería una alteración del encuadre llevarlo a caballito.<sup>6</sup> A poco de andar la sesión (y a caballito), Ignacio se sobresaltó y le preguntó al analista si no vendrían a retarlos en tanto no correspondía “hacer lío” en un consultorio, interrumpiendo el juego.

En la sesión inmediatamente posterior, Ignacio armó un juego con muñecos. El se identificó con el muñeco malo, éste le pegaba a los otros muñecos, no dando razones acerca de por qué lo hacía. El analista le señaló cómo se instalaba en el papel del chico malo del juego, cómo sin tener razones se sentía volcado a actuar de malo. Cambió entonces de juego, pasó a jugar con la pelota. En la siguiente sesión, el juego con la pelota tomó claramente un valor de juego de competencia, quería ganar. Al conseguirlo se produjo un cambio en el juego, se dirigió a la caja y tomó un tubo de plasticola colorada, la exprimió con cuidado. Mientras miraba cómo se derramaba, le pidió al analista que dramatizaran juntos lo siguiente: entre los dos tenían que limpiar los “charquitos de sangre” que se habían formado.

---

<sup>6</sup> Los analistas de niños discuten, cuánto el analista debe participar en el juego que le propone el paciente. Cabe aclarar que para el analista de Ignacio no era inadecuado participar de este modo del juego propuesto por Ignacio. Esto último le da más valor a su sensación, como ocurrencia contratransferencial.

**RECONSTRUYENDO DESDE LA TRANSFERENCIA: ¿UN CHICO MALO, COMO EL MUÑECO MALO?**

Un chico golpeado nos conmueve, también un chico que golpea. Sabemos que escuchar psicoanalíticamente es posible cuando ponemos de lado nuestras preferencias estéticas y nuestros juicios de valor. Encontrar una fuente de sentido en el odio, sobre todo en el odio hacia un hijo, nos resulta difícil, choca con resistencias éticas dentro nuestro. Pensar la función vinculante del odio, y en tanto vinculante, también libidinal, se hace posible si nos rescatamos de una mirada que inicialmente expulsa por repugnante esta posibilidad ante el drama de ver un chico lleno de moretones.

Cuando cede el clima defensivo con que inicialmente se presentó, vemos a Ignacio como un chico que le cuesta entrar en la sesión, tomar posesión de lo que hay en ella. Si desde la transferencia intentamos abstraer el mundo en que vive, podemos decir que quizás le cuesta convencerse que él tenga derecho a un lugar en el mundo y en la mente de los otros. Cuando el analista interpreta esta cuestión, la modalidad de comienzo se modifica, sale de su aparente no lugar en el mundo, busca hacerse reconocer con la mirada y comienzan los juegos de contacto. Pareciera que Ignacio entonces encuentra espacios, relaciones, que puede sentir las destinadas a él. El despliegue en la transferencia de estos juegos de reconocimiento y de contacto son particularmente importantes y fueron posibilitando, lo que, a mi juicio, se llevó a cabo en las sesiones que relaté. Voy a recortar las siguientes secuencias:

1.- “Andar a Caballito”, juego al que, desde mi punto de vista, podemos caracterizar como de contacto, observamos que éste se vuelve conflictivo, Ignacio se siente haciendo cosas indebidas.

2.- El juego con los muñecos en el que privilegio la personificación<sup>7</sup> como “el malo” desde el comienzo mismo del juego.

La interpretación del analista tiene el efecto de rescatarlo del papel de malo y hace posible el comienzo del juego de pelota.

3.- El juego de pelota, que toma el cariz de un juego de competencia, y en el que luego de un intervalo divertido, tras una victoria, aparece la fantasía del charquito de sangre.

---

<sup>7</sup> Estoy utilizando “personifica”, en el sentido que acuñó M. Klein en su artículo sobre la personificación.

Comencemos por la primer sesión. A poco de empezar Ignacio juega y el juego en que se sumerge le plantea encrucijadas que lo llevan a interrumpirlo. Sabemos que la interrupción de un juego tiene un alto valor en nuestra clínica, similar a la interrupción del juego asociativo en un paciente adulto. ¿Qué interrumpe el juego? Ignacio se introduce en un contacto que lo alegra, quiere andar a caballito y a poco andar se le impone la sensación de que su gozo es algo indebido, teme que no corresponda jugar de esa manera en un consultorio. Reparemos que el analista también se siente invadido por un sentimiento de incomodidad. El juego, luego de empezado, se despliega en el campo transferencial-contratransferencial adquiriendo el carácter de prohibido, o al menos indebido. ¿Quién lo prohíbe? Veamos, a Ignacio la prohibición se le aparece mientras está jugando, toma cuerpo la idea de un censor que los sancionará, a él y al analista. Pienso que aquí aparece el temor a lo transgresivo y aquél que tendría que legitimar la pertinencia de lo que están haciendo, se siente tan transgresivo como él. Es interesante como configuración transferencial, el censor es externo a él y al analista, está puesto en un supuesto poder que está fuera del consultorio<sup>8</sup>. Es evidente que en la fantasía de Ignacio el analista no puede sostener un espacio de juego en el que se sientan a salvo de interferencias, no encarna una legalidad que se sostenga en sí misma. El siente al analista, en ese momento, como alguien que junto con él comete una transgresión. ¿Cuál es la transgresión? Jugar y divertirse con el analista en un juego cuerpo a cuerpo y que “alguien” pueda descubrirlos. Aunque es importante inteligir ¿quién será en la transferencia el analista, o por qué se vuelve transgresivo?, y hasta con el riesgo de perder una referencia clínica en el aquí y ahora de la sesión, podríamos hacer presunciones teóricas y preguntarnos si ¿el carácter prohibido provendrá de que el juego con el analista toma el sentido de un juego de contacto con la madre y así adquiere un carácter incestuoso, o tal vez un cuerpo a cuerpo con el padre y entonces toma un matiz homosexual?

<sup>8</sup> Quisiera que retengamos este dato pues, a la luz de la carta del padre –material que aparecerá más adelante–, llama la atención la similitud entre este censor externo a la sesión que la fantasía de Ignacio despliega en la situación analítica y el lugar que parece tener la “iglesia” en la vida de Pedro, desde donde él cree se mira críticamente su pareja con Madgalena y su paternidad de Ignacio. ¿Estarán determinados por las mismas encrucijadas?

Pienso que en rigor no necesitamos de estas ocurrencias que pueden resultar aventuradas a esta altura del análisis. Por ahora nos alcanza con el dato que recogemos en la transferencia, el juego hasta ese momento divertido, se inhibe.

La segunda secuencia agrega una mayor complicación. Al personificarse en el juego de los muñecos, de inicio se define como malo. En esta sesión, así comienza el juego. ¿Será que es malo? ¿Por qué se ubica de esta manera? Antes vimos, cómo con el juego de andar a caballito se convierte en transgresor al jugar, ¿podrá crear un juego en que no lo sea? Pienso que para jugar se ha identificado con lo criticado, se asume como malo aunque pierde en el camino la historia en su conciencia que le dé sentido a su ser malo. Reparemos que ha hecho un deslizamiento de transgresivo a malo. Es en la cabeza del analista, donde esa identificación toma continuidad con la sesión anterior, y puede ser pensada como el resultado de una actividad lúdica que se le vuelve prohibida. Al restablecer la continuidad de sentido entre estas sesiones, asistimos al desarrollo en la transferencia de su drama: en la primera sesión el juego se inhibió, ¿se reprimió? Un contacto que él buscaba y lo alegraba se volvió indebido. Podríamos sugerir que Ignacio muestra entonces en la segunda sesión, las consecuencias de sus dificultades, no puede acceder a una sensualidad que no se vuelva pecaminosa, es como si le mostrara al analista que sólo puede ser malo, como en el colegio cuando le pega a los chicos. Cuando el analista interpreta que este modo de presentarse refleja la imposibilidad de concebirse de otra forma que no sea como la de un malo, relacionándolo y estableciendo una continuidad de sentido con la sesión anterior, da comienzo a otro juego. El valor mutativo de la interpretación pienso que se debe al hecho de que al menos en la cabeza del analista él puede ser pensado como no malo, pensamiento que es posible sobre la base de la integración de lo ocurrido en la sesión pasada. Es llamativa la poca fijeza de esta posición, tengamos en cuenta la rápida salida de esta identificación alienante cuando entra en contacto con un analista que no lo piensa de esta manera. Pasa nuevamente a jugar, deja por un rato de ser malo. Pero, esto no se sostiene, así como sale vuelve a entrar. En la tercera sesión juega a la pelota, gana con lo que a él le gusta, pero la escena se vuelve sangrienta, su anhelo de ganar adquiere un cariz criminoso. Es importante, a mi juicio, no aislar esta última escena, “el charquito

de sangre” del desarrollo previo. La maldad, lo criminoso, es la escenificación final de una historia, de un drama, no es una maldad puramente instintiva. Después de proponer juegos de competencia, de los que disfruta y en los que le gusta ser ganador, pide interrumpirlos y diseña una situación en la que el analista y él deben limpiar charquitos de sangre.

Reparemos que el “charquito de sangre” es parte de un juego en el que se despliega una fantasía, no es una alucinación. No se trata, no es la clínica, de un desinversión libidinal sino por el contrario de un fuerte investimento. Le pide al analista que lo ayude en esta tarea. Se ve envuelto en una escena sangrienta, pero también puede en ese momento concebir al analista como alguien que lo puede auxiliar. Más allá del matiz maniaco que puede tener la reparación que intenta, no pierde el contacto con el analista. Advertamos que se trata de un vínculo, el que se despliega en la transferencia, en donde se alternan el odio y el amor pero no se pierde la relación. En este juego Ignacio busca limpiar, reparar, las consecuencias de sus fantasías. El analista lo podrá ayudar si supera su propio obstáculo contratransferencial, si no queda atrapado en el sentimiento que había previamente aparecido en él, estar haciendo algo indebido<sup>9</sup>. Este es el tipo de indicio que habitualmente conduce nuestra tarea como analistas y estamos acostumbrados a sacar partido de nuestras ocurrencias.

## LA CARTA

De la carta del padre he extraído los párrafos más significativos a los efectos de este trabajo. “Creo que en la vida de cualquier persona aparecen hechos fortuitos que la marcan o que fijan su destino a largo plazo. Así también le sucedió a mi padre. Cuando mi padre tenía diez años, su padre, mi abuelo, se fue de la casa con una prima y nunca más quiso verlo.

---

<sup>9</sup> Podemos pensar que este sentimiento resulta de la identificación proyectiva, por una identificación concordante, o que es efecto del campo que se crea en la situación analítica, según distintos modelos teóricos y que el lugar de analista se recupera si puede desintoxicarse a sí mismo y por ende al paciente de este sentimiento. En cualquier caso en este punto la elaboración de la contratransferencia juega un papel central. En esta elaboración su función de *reverie* es esencial, debe soportar este sentimiento, digerirlo y sólo después puede interpretar.

En mi caso recuerdo tres.

... al terminar el colegio, comienzo a buscar trabajo, un amigo me comenta que en ... (una institución) se aprende mucho y se gana bien. Se lo comento a mi padre y él tiene un amigo allí, al que puedo visitar y dejar mis datos. Este es lo que considero el primer hecho fortuito ya que a los pocos meses me llaman e ingreso. Desde entonces trabajo en ... cuatro años después mi jefe me sugiere hacer un curso y allí se produce el segundo hecho fortuito, en razón de tocarme en suerte (o en desgracia?) como compañera, Guadalupe, que se convertiría años más tarde en mi esposa.

Nuestro noviazgo fue largo: más de diez años. Nunca la quise y aunque ella decía quererme, jamás, desde mi punto de vista, lo demostró. Luego de peleas continuas y discusiones nos casamos. Yo le dije que lo hacía como un sacrificio, que preferiría no casarme; ella me contestó que en ese caso “le haría perder diez años de su vida” ..., habíamos llegado a un punto de no retorno. No me atreví a echar todo por tierra y nos casamos.

Del malhadado noviazgo rescato una cosa. En cierto momento comenzamos a preocuparnos por nuestra situación religiosa. En mi caso ni siquiera había sido confirmado. La confirmación la recibí años más tarde de J. (un sacerdote integrista). Mi madre se jactaba de ser una gran devota, afirmaba haber “vivido en la iglesia” cuando chica, pero a pesar de esto se casó sólo por el Registro Civil dado que mi padre no quiso recibir el sacramento. Esto para mí fue siempre una gran contradicción.

Volviendo... Guadalupe y yo decidimos comenzar a asistir a misa. Poco más tarde integramos un grupo de católicos integristas que asistían a misas según el culto tridentino<sup>10</sup>. Se inauguró una capilla en la que me casé el día de la Inmaculada Concepción. El matrimonio no mejoró nuestras relaciones, sino que más bien las empeoró...

Antes de pasar al tercer hecho fortuito voy a retrotraerme algunos años. A los doce años, a pesar de que trataron de ocultármelo, descubro que se había producido una crisis entre mis

---

<sup>10</sup> El movimiento integrista se opuso a las modificaciones propuestas por el Concilio Vaticano II. Juan XXIII impulsó cambios litúrgicos en este Concilio, con el que se proponía “aggiornar” la Iglesia, así dejó de darse misa en latín y el sacerdote dejó de estar de espaldas a los feligreses. En nombre de continuar con lo que siempre ha sido y debe seguir siendo se creó un movimiento integrista, insistió en seguir con el culto tridentino.

padres a raíz de una infidelidad. Mi papá había tenido un desliz. Continuaron viviendo juntos. Mucho después (yo ya estaba de novio), mi papá comienza a sentirse mal, le recomiendo un médico, quien pocos días más tarde me llama y me dice que mi papá había sufrido un desengaño amoroso luego de haber mantenido una relación con una compañera de trabajo. Yo decido callar y guardar para mí esa información. Por la época en que me casé me entero, y también mi madre, de una nueva infidelidad de mi padre con una vecina. Tomo la decisión de contarle lo que sabía a mi mamá, mi actitud no agrava la situación. Por primera vez intervengo en un asunto de esta naturaleza y convengo a mis padres de que deben salir de ese drama acercándose a la fe. Finalmente ambos se confiesan, se casan por la iglesia, comulgan, asisten regularmente a misa y rezan juntos el rosario, todo pareció volver al buen cauce. Mantendrán estas prácticas hasta la muerte de mi madre hace dos años.

Dos años después de casarme comienzo a estudiar pintura. En ese momento nace mi hijo Juan. Elegí este nombre por San Juan Evangelista. En el curso de pintura se produce el tercer hecho fortuito. Un día llego tarde a clase y sólo estaba Magdalena, la profesora, y por primera vez salimos juntos sin compañía

Cuando volví a casa me dormí pensando en Magdalena.... Por esa época tuve que viajar *y por primera vez escribo tarjetas y dejo sentados mis pensamientos; por primera vez conozco el amor* (lo destacado es mío), que continúa hasta ahora... la situación con Guadalupe se hace insostenible... me mudo a casa de mis padres. Un año después Magdalena y yo vamos a vivir juntos... Durante ese lapso estoy muy trastornado por el conflicto religioso... a pesar de mi amor por Magdalena pienso en revertir toda la situación y además le digo que no iba a soportar el nacimiento de otro hijo; mi único hijo era Juan... Hago un viaje, voy a Roma y visito todos los días la iglesia, estoy en conflicto, rezo mucho y pienso que debo dar marcha atrás en todo.

Cuando regreso a Buenos Aires, un nuevo obstáculo, Magdalena estaba encinta. Esto me pone muy mal, ella decide abortar pero logro convencerla que eso sería un grave crimen. En consecuencia *nace Ignacio, al que hago blanco de todas mis desgracias. El es el "culpable" de que me haya alejado de mi religión y de que no pueda ver a Juan* (lo destacado es mío). No puede ser que esté con él todos los días y me llame papá. Empiezo a

#### UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR

maltratarlo, quiero que me odie, no quiero ser padre de Ignacio. Ni siquiera intervengo en la elección del nombre, aunque el seleccionado por Magdalena no me disgusta, pienso en San Ignacio de Loyola<sup>11</sup>.

*A Ignacio lo maltraté. Actualmente me molesta hablar de él, no lo quiero, aunque siento pena por él, como también la he sentido al golpearlo fuerte. Las veces que lo hice me horroricé y fueron las únicas oportunidades en que lo abracé y lo besé (lo destacado es mío)... Magdalena se enojaba y lloraba al ver a su hijo lastimado, pero al rato estábamos besándonos.*

Prometí ayudar a Ignacio y voy a tratar de hacerlo “aunque me cueste, aunque no pueda, aunque reviente, aunque me muera”, como dice Santa Teresa de Jesús”.

#### ENTRE EL BUEN CAUCE Y EL ORDEN DEL AMOR

Quiero comentar la carta en un intento de agregar una luz por este camino, no tomado desde la transferencia<sup>12</sup>, a una línea de repetición transgeneracional en la que quizás Ignacio esté atrapado. Pedro –ya he llamado así al autor de la carta–, narra su historia. Esta historia, –su novela familiar, como diríamos desde el psicoanálisis– cuenta cómo él es la sede de una encrucijada entre sus padres y sus hijos, cómo a su vez sus padres o al menos su padre, es hijo de las encrucijadas armadas por el modo de ser de su abuelo paterno.

---

<sup>11</sup> Vale la pena recordar que San Ignacio de Loyola fue un hombre de vida disipada, un pecador que en su adultez decidió iniciar un camino que repararía su vida anterior fundando la Compañía de Jesús. Este niño no se llamaba Ignacio, su nombre está deformado como muchos otros datos de este material. Sin embargo el nombre que adopté guarda una relación similar con la referencia que lo originó, que la que tiene Ignacio con Ignacio de Loyola. He tratado con Guadalupe y Magdalena también conservar, a pesar de la deformación, la penumbra de sentido que los respectivos nombres arrastran.

<sup>12</sup> Vuelvo a insistir que las inferencias que hago a partir de este material, la carta, no están destinadas a ser usadas dentro de la sesión. Los datos deben extraerse de la sesión, pero también creo legítimo una investigación que explore este otro vértice, como el de la carta o las entrevistas familiares. Pienso que trabajos como éste pueden llevarnos a una comprensión más amplia que luego nos hace estar mejor preparados para escuchar a nuestros pacientes. Sigo en este punto los pasos de Piera Aulagnier en *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Ella en este texto incorpora a su teorización acerca de la psicosis de Philippe los datos extraídos de las entrevistas con los padres.

El padre de Pedro, luego de la infidelidad de su abuelo se enemistó con él y no lo quiso ver más. Pedro se decepcionó de su padre por lo mismo –las infidelidades– que tanto había enojado en su momento a su padre con su abuelo. La saga contenida en la carta sigue contando cómo todo parece volver a buen cauce gracias a la intervención de Pedro. Este buen cauce es hacer las cosas de acuerdo a como su madre quiso hacerlas y de ese modo rectificar el mal rumbo señalado por su padre, alejándose de la emulación que el padre hacía del abuelo.

El integrismo continúa para Pedro el modo de pensar de su madre. Representa lo que no debe cambiar y a su vez es el que no cambia, señalando como herejía lo distinto.

En la versión que nos relata y que se relata, él es hijo de una madre que fue en contra de sus convicciones, no casándose por la Iglesia, para adecuarse a las preferencias de su esposo. ¿Cómo conviven en Pedro lo que viene, según él, desde su madre y lo que proviene de su padre? La rectificación de la cual está orgulloso implica asimilar a su padre al modo de ser de su madre. Su primera elección de pareja sexual y el modo que la consume, bajo los ritos preconizados por el integrismo, están de acuerdo con el ideal materno. Su primer hijo es sucesor y continuador de esta identificación. Por el contrario, no se quiere admitir y rechaza reconocerse como hijo de su padre, nieto de su abuelo, y en consecuencia padre de Ignacio. Es posible pensar que lo que Pedro rechaza corresponde a una identidad también rechazada por su padre y su abuelo. Ninguno de ellos pudo sostener una elección amorosa y transformarla en origen de un nuevo orden, una nueva familia, estas elecciones sólo pudieron tomar la forma de una transgresión sin adquirir carta de ciudadanía. Su abuelo desapareció y su padre tuvo relaciones que fueron semantizadas como aventuras vergonzantes y clandestinas<sup>13</sup>.

Aquello que Pedro siente como del “orden del amor” y que además lo lleva a manifestar sus emociones es vivido como algo indebido, que quisiera quitar de su conciencia<sup>14</sup>. Aunque es quizás lo que lo aproxima a su padre.

---

<sup>13</sup> ¿Era esto lo que el analista recoge en su contratransferencia cuando se siente incómodo al llevar a caballito a Ignacio? ¿Se sentirá parte de un juego mal visto por alguien que él imagina con un poder inquisitorio?

<sup>14</sup> ¿Algo de esto repetirá el juego de andar a caballito?

### **UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR**

Pedro odia a Ignacio, quisiera expulsarlo del mundo. Aunque también recordemos es él quien impidió el aborto, dando así condición de posibilidad al nacimiento de Ignacio. Ignacio es un producto del “orden del amor”. Cuando lo odia, odia a un fantasma que lo representa, pero que lo saca del “buen cauce”. En ese sentido está atrapado en una trampa narcisista que lo liga con su padre y su abuelo.

Pedro no ha podido encontrar para su vida una solución que integre una sexualidad que no sea vivida como pecaminosa y pareciera no haber podido ayudar a su hijo Ignacio a hacerlo. La inconsistencia de la madre de Ignacio no ha atenuado esta condición. Cuando Ignacio intenta penetrar en el mundo se encuentra con inhibiciones que le impiden seguir con el juego que inventa, no puede sostener un contacto amoroso sin sentirse objeto de severas acusaciones. En ese momento sólo puede ser malo. En el juego de competencia posterior aparecen los charquitos de sangre. Ignacio, poco después busca al analista para limpiarlos, quizás esté tratando de encontrar un otro camino que sea volver al “buen cauce” como su padre. Para ello necesitará de un analista que pueda sostener la situación, que pueda resolver entre otras cosas las encrucijadas que le plantea su contratransferencia.

### **DOS REGISTROS PARA ENTENDER UNA NOVELA FAMILIAR**

No hay una historia natural, hay distintos modos de contarla, y esos modos hacen a la realidad psíquica de cada sujeto. Reparemos que la carta contiene causalidades y valores. Desentrañarlos puede iluminar lo que Pedro ha recibido y el lugar que da a su hijo. ¿Qué supuestos tiene Pedro en su relato? Para intentar dar respuesta a este interrogante, me sirve de ayuda la existencia de dos registros que creo se pueden aislar en la carta de Pedro y que al ponerlos en contacto se iluminan mutuamente. Pedro nos cuenta por un lado sus dilemas religiosos y a la par la historia de la familia. Los dos registros, a mi juicio, están regidos por similares valores y plantean parecidas encrucijadas.

Empecemos por lo religioso. Pedro admira lo que permanece igual, “el culto tridentino”, y para él es inadecuada toda alteración del mismo. Desde esta perspectiva, las innovaciones son una herejía. Quiere un mundo con un orden sin cambios, Ignacio

irrumpe como emergente de una elección conflictiva de Pedro, es el resultado de amar a una mujer distinta de aquella con la que se casó; Ignacio es testimonio y producto de este deseo prohibido que altera el orden de lo inmutable y por ello es rechazado, odiado. Ignacio repite el mismo drama, no ha podido como San Ignacio de Loyola, redimirse. La elección del nombre seguramente contiene la expectativa de encontrar una transacción entre el pecado y la redención, entre la transgresión y el orden o, en términos bionianos, evitar la turbulencia emocional entre lo disruptivo y el establishment (Bion, 1970).

Si pasamos al registro de cómo ubica a sus padres, su madre es la representante del no cambio y su padre es el que intenta alterar ese orden, ¿las salidas amorosas en los hombres de esta familia corresponden a una infidelidad o son la expresión de una innovación no lograda? Ubicándonos desde el principio que idealiza lo igual, su padre fue un infiel. Pedro participa en su historia familiar tratando de darle consistencia a lo que “debe ser”, pero aquello que quiere reprimir reaparece con el nacimiento de Ignacio.

Pedro intenta no dudar que el bien y la verdad están del lado de la madre y de lo igual, sin embargo se siente atraído por lo distinto y no lo puede sostener, este conflicto lo atrapa. Para no sentirse agente de algún cambio necesita reificar una causalidad azarosa, quisiera vivir una existencia donde los sucesos se dan, donde todo resulte fortuito. Pretende entonces que no haya relación entre lo que le sucede y sus deseos. Cuando descubre que su anhelo es ilusorio, que su vida está guiada por su deseo, lo acepta a regañadientes como a Ignacio. Ignacio, igual que Pedro, al penetrar en el mundo, jugar y ganar, se ve inundado de acusaciones.

#### **SOBRE LA DISTINCION ENTRE EL ODIO Y LA FALTA DE DESEO**

En este apartado quiero comparar algunas cuestiones de la historia de Ignacio y su padre, con la de Philippe<sup>15</sup> y sus padres,

---

<sup>15</sup> Presupongo por parte del lector de este escrito el conocimiento del historial de Philippe relatado por P. Aulagnier. Introducir una síntesis complicaría su lectura, de todos modos mis comentarios reflejan o llevan implícito lo que quiero destacar de ese historial.

a los efectos de discriminar entre el odio que se despliega dentro de una matriz vincular, y el deseo de muerte expresado como una falta de deseo, que trae como resultado la desaparición del mundo de relación.

Los padres de Philippe y el padre de Ignacio comparten en una primera mirada una misma creencia: sienten que está prohibido para ellos tenerlos como hijos. Sin embargo esta perspectiva oculta una diferencia radical entre ambos: Ignacio, si bien nació como producto de un deseo prohibido, la situación en que fue engendrado es en última instancia amorosa; la madre de Philippe en cambio cuenta una historia desprovista de placer y de deseo, sin nexos causales. P. Aulagnier (1984) es aún más explícita, dice que el relato de los padres de su paciente adolece de “desconexión causal”. Esta diferencia también se revela en el modo en que cada uno de ellos se acerca a la enfermedad de sus hijos. Los padres de Philippe creen que la psicosis de su hijo es efecto de las consecuencias mecánicas de un choque, un trauma accidental, hablan en tercera persona, dan una versión ideológica en nombre de la comunidad social, lo que P. Aulagnier llama “opiniones” de un “autor anónimo” que establece códigos éticos, de lo que está bien y lo que está mal. No parecen mostrar tampoco ninguna preocupación por el sufrimiento de su hijo. Es un discurso vacío de emoción.

Pedro, aunque busca legitimizar su modo de pensar a través de las enseñanzas del integrista y afirma que su vida es producto de una serie de hechos fortuitos, es él mismo quien encarna su discurso y así cuenta con un inusitado dramatismo lo que hace al origen de Ignacio, no tiene dudas que lo que le ocurre a su hijo está enlazado a una historia dramática de la que él participa. Lo muestra con elocuencia al describir la riqueza de relaciones que desde su punto de vista hay entre él y su hijo; se diferencia, de este modo, de la ausencia de un relato parental en la historia de Philippe. Esto la lleva a decir a P. Aulagnier que los padres de su paciente cuentan una “no historia”, resultando así un texto desprovisto de un capítulo primero que queda escindido y, quiero especialmente recalcar, sólo es reintegrado a través del delirio de Philippe.

Es de destacar también la diferente aproximación de Pedro y de los padres de Philippe. Estos últimos cuentan una no historia, un relato casi inexistente con ausencia de conflicto, Philippe es

entonces producto de avatares ajenos a la vida de ellos. Pedro en cambio odia a su hijo en tanto presentifica y le recuerda un conflicto personal. Este conflicto viene de generaciones, de sus propios padres, incluso de su abuelo.

Lo que en la historia de los padres de Philippe queda escindido es lo que sienten como “no normal”. Pedro, en cambio, no habla en términos de normalidad, su preocupación es lo pecaminoso. Siguiendo a Joyce McDougall (1987), podríamos decir que Philippe y sus padres juegan su drama en el “teatro de lo imposible”, en cambio Pedro e Ignacio son actores del “teatro de lo prohibido”.

La vida sólo es pensable en una familia como la de Philippe fuera de la órbita del deseo. Cuando lo que preside el vínculo es lo que P. Aulagnier llama el “deseo de no deseo” la consecuencia es una desinvertidura del vínculo. Este “blanco” (Green, 1990) da origen a un hijo robot producto de una madre robot.

#### **EL ODIO, LO IMPENSABLE Y LO PENSABLE**

El odio y su derivado, el maltrato, como el que observamos en la historia de Pedro y su hijo, la mayor parte de las veces conlleva una primera tentativa de hacer resistencia a las metas naturales de la pulsión de muerte por medio de una intrincación con las pulsiones de vida. Así nos dice P. Aulagnier, y prosigue que el odio consigue por lo general hallar en el exterior objetos sustitutivos que permiten al Yo expresarlo dentro de (y por medio de) un discurso sobre el sufrimiento, que lo hace racional, “pensable”, discurso al servicio de una aspiración sádica. En el sadismo se da la posibilidad de transformar lo impensable en fantasmable. Cuando un padre odia a un hijo, se está frente a un material que muestra la importancia del hijo en la economía libidinal de los padres. El hijo, al menos creo que es plausible pensarlo en esta viñeta, reencarna una imagen de ellos mismos. Ya dijimos que Pedro cuando odia a Ignacio, odia a un fantasma que lo representa. En este odio, parece haber una clave de la supervivencia del Yo. En ese sentido la vida del odiado tiene un alto valor narcisista.

Los psicoanalistas, con distintos matices, pensamos que el ser humano está dotado naturalmente, de una lógica capaz de perci-

#### UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR

bir y categorizar las relaciones causales (Lidz y col. 1958, Money-Kyrle, 1967, etc.). Es en contacto con la experiencia que adquirimos esa posibilidad, en la relación con el medio social, especialmente el familiar donde surgen y crecen estas categorías. Ignacio no está ni se siente aislado del mundo, con una *Weltanschauung* incompatible, vive en contacto con otros en un mundo difícil. No estoy tomando livianamente el sufrimiento mental, ni físico de Ignacio, sólo quiero llamar la atención sobre la diferencia entre un hijo odiado como Ignacio y la ausencia de deseo, que pareció signar el nacimiento de Philippe.

Siguiendo a P. Aulagnier (1984), en las consultas por “chicos odiados”, como en el caso de Ignacio, la versión que cuentan es una historia infantil llena de ruido, no de silencio, no de un blanco, ni de un desinvertimiento. “No se odia gratuitamente”, el odio se fundamenta casi siempre en una razón. El sujeto busca una racionalidad que dé cuenta de su odio, “puede reconocer que no sabe porque ama, pero pretende saber porque odia”. “Lo odiado... es designado como la causa de un sufrimiento, que uno anhela imponerle a su vez” “...lo que uno desea es una inversión del poder de hacer sufrir que traslade del papel de víctima al de verdugo, que a su vez se siente seguro de su derecho”, al modo de la Ley de Talión. “Probablemente esto explica por qué el odio, en la misma medida que el amor, y a veces más que este último cimienta relaciones protegidas de todo riesgo de ruptura. El odio es la más de las veces la manifestación de una pulsión de muerte que pudo ser puesta por Eros al servicio de una meta que no solamente exige que el odiante se preserve vivo sino que lo propio le sucede al odiado”.

El odio implica un deseo, a diferencia del no invertimiento, que tiene como consecuencia el no acceso a lo humano.

#### UN ULTIMO COMENTARIO

Creo que no sería aventurado concluir, luego de examinar los materiales expuestos, que en esta familia –abarcando con esta nominación varias generaciones– existe la suposición que toda elección amorosa en los hombres es punible. En la carta de Pedro, aparece definida su posición respecto de sus propios padres, cómo desde la ubicación que tiene en relación a ellos, resulta una

resolución edípica que prefigura el lugar que le otorgará a su segundo hijo; lugar que queda conformado por la proyección de un aspecto odiado de él, un aspecto que, creemos él supone, sus padres odiarían en él. También he mostrado cómo sus elecciones amorosas entran en conflicto con la reivindicación de ideales narcisistas, ideales que se evidencian en el privilegio por lo que no cambia, por lo que permanece igual, que Pedro intenta instalar en su vida, reivindicación que lo lleva a tratar de dejar de lado las disposiciones amorosas que lo podrían ligar a lo diferente. El odio es, desde mi perspectiva, la expresión de lo fracasado de su intento, cuando odia no puede acallar su pasión. Esta, lo separa de la madre –sede de la idealización de lo igual– y la Iglesia parece prestarle la ideología necesaria a los ideales maternos para categorizar a su deseo como pecado.

Toda sensualidad, es sentida por estos varones como próxima a lo pecaminoso: Pedro no puede aceptar su pareja con Magdalena ni el nacimiento de Ignacio, el padre de Pedro necesitó redimirse a través de la Iglesia, y su abuelo no pudo enfrentar los ideales familiares, de modo tal que no intentó hacerse presente cuando fue rechazado por sus supuestas infidelidades. Pienso que en esta familia se llama infidelidad, tal como anteriormente lo manifesté, a aquello que podría ser un intento fallido de hacer una elección amorosa que cree un nuevo orden; una apertura a la exogamia, que lo separe de lo “igual”, ideal endogámico. La transmisión de este sentido, nos permitiría quizás pensar la interrupción del juego en la sesión cuando Ignacio juega a “andar a caballito”; idea que se refuerza si recordamos, que cuando esto sucede, el analista también se siente haciendo algo prohibido.

La prohibición de una elección amorosa pareciera ser la matriz de una identificación alienante, que además lleva por lo menos en dos generaciones, la de Pedro y la de Ignacio, (no tenemos material que lo muestre en las anteriores) a una temática ligada al odio. En la carta, Pedro habla de la imposibilidad de admitir el nacimiento de Ignacio, el maltrato que de él hace, el odio que siente. En la consulta por Ignacio surge el tema de ser un chico golpeado que también pega a sus compañeros. En una primer tentativa, se podría pensar, que hace esto como un intento de ligar una situación traumática transformando en activo lo sufrido pasivamente. Sin negar esta posible determinación, no podemos dejar de advertir que Ignacio se personifica como “el malo”, un

## UN CHICO GOLPEADO, UN CHICO GOLPEADOR

muñeco malo que pega a los otros muñecos, después de haber hecho un juego que siente como placentero pero que toma el carácter de transgresivo. ¿No estará identificado con Pedro cuando no puede aceptar el nacimiento de Ignacio y se convierte en un pegador pegando en el otro un aspecto odiado de sí mismo? Mantener estas hipótesis abiertas nos permitirá enriquecer la comprensión del material ampliando nuestros puntos de vista.

### RESUMEN

*En este trabajo, luego de enunciar el papel que juega la identificación en la constitución del Yo, examino la circulación de significados entre generaciones.*

*Con el fin de mostrar la transmisión de sentidos en la cadena intersubjetiva, relato dos materiales clínicos vinculados entre sí, una vivencia extraída de una hora de juego de un niño y una carta del padre del mismo.*

*El núcleo de este trabajo toma la conceptualización de P. Aulagnier acerca del desecho de los padres, el advenimiento del Yo y la psicosis. Siguiendo a esta autora, intento hacer una contribución a la distinción entre "no desecho" y "odio", como representante pulsional libidinal; más precisamente discriminar entre el odio ligado al sadismo y el desecho de muerte expresado como una falta de desecho. Cuando lo que preside el vínculo es el desecho de dar muerte la consecuencia es la desinvestidura del mismo.*

*En el sadismo, en cambio, se da la posibilidad de transformar lo impensable en algo fantasmable. Se apoya en la clínica que surge de los hijos odiados, que presentan una historia infantil llena de ruido, no de silencio, no de un blanco.*

*El odio implica un desecho, a diferencia del no investimento que tiene como consecuencia el no acceso a lo humano.*

### SUMMARY

*After stating the role that identification plays in constituting the ego, this paper examines the way meanings move between generations. Two clinical materials are presented to show the transmission of meanings*

within the intergenerational chains. The first is a vignette of a child's play hour session and the second one is a letter written by this child's father.

This paper centres on P. Aulagnier's concept of the desire of the parents, the advent of the ego and psychosis. Following this author, I attempt to contribute towards distinguishing between "no desire" and "hatred" as a libidinal instinctive representative; more precisely between the hatred linked to sadism and the death wish expressed by lack of desire. The link is stripped of its investiture when the wish to do to death governs it.

Sadism, on the contrary, allows the transformation of the unthinkable into something phantomable. This is backed by clinical experience with hated children, who have a childhood history full of noise, not of silence, not of blank.

Hatred implies a wish, contrasting with non-investment which results in non access to what is human.

## RESUME

Le rôle de l'identification dans la constitution du moi une fois posé, cette communication envisage la circulation de signifiés d'une génération à l'autre. Afin de montrer la transmission de sens dans la chaîne intersubjective, je rapporte deux matériaux cliniques (le cas, le savoir, une vignette extraite d'une heure de jeu d'un enfant et une lettre de son père).

Le noyau de cette contribution reprend la conceptualisation de P. Aulagnier à propos du désir des parents, l'avènement du moi et la psychose. Suivant Aulagnier, je tente de contribuer à la distinction entre "non désir" et "haine" comme représentant pulsionnel libidinal; plus exactement, il s'agit ici de distinguer la haine liée au sadisme du désir de mort exprimé comme manque de désir.

Quand ce qui prime dans le lien est le désir de mettre à mort, la conséquence en est le desinvestissement du désir. Par contre, dans le sadisme il est possible de transformer l'impensable en quelque chose de fantasmable. Ce résultat s'établit sur la base de la clinique de fils hâés, leur histoire infantile pleine de bruit, non pas de silence, pas plus de blancs.

La haine implique un désir; contrairement au non-investissement qui a pour résultat l'impossibilité d'avoir accès à l'humain.

## BIBLIOGRAFIA

- ANZIEU, D. (1975). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1980.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
- (1984). *El maestro historiador y el aprendiz de brujo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- BATESON, G. (1956). *Hacia una teoría de la esquizofrenia*. En *Pasos a una ecología de la mente*.
- BION, W. (1960). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- (1965). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- (1970). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- FAIMBERG, H. (1985). *El telescopaje de las generaciones*. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- (1988). *A la escucha del telescopaje de las generaciones*. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- FREUD, S. (1895). *Proyecto de una psicología para neuróticos*. *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.E., 1979.
- (1914). *Introducción del narcisismo*. A.E., 1979.
- (1919). *Psicología de las Masas*. A.E., 1979.
- (1923). *El yo y el ello*. A.E., 1979.
- GREEN, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- (1984). *Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desoljetante*. En *La pulsión de muerte*. Green, A. y col., Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- (1990). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- KAS, R. (1976). *El pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos. Lo Negativo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1993). *Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud*. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- KLEIN, M. (1952). *Notas sobre algunos mecanismos esquizoideos*. En *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormó, 1962.
- (1955). *Sobre la identificación*. En *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormó, 1965.

SILVIA NUSSBAUM

- LAPLANCHE, J. (1984) La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual. En *La pulsión de muerte*, de Green, A. y col., Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- LIDZ, T.; CORNELISON, A.; TERRY, D. y FLECK, S. (1958). Intrafamilial environment of the schizophrenic patient. V. The transmission of irrationality, *A.M.A. Arch. Neurol. and Psychiat.*, 1958.
- MCDUGALL, J. *Tratado de la mente*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1987.
- MONEY-KYRLE, R. (1967) Cognitive development. *Int. J. of Psycho-Anal.*, vol. XLIX, 4, 1968.
- NIEDERLAND, W. Schreber: father and son. *The Psychoanalytic Quarterly*, vol. XXVIII, 1959.
- Further data and memorabilia pertaining to the Schreber case. *International Journal of Psycho-Analysis*, 44, 2, 1963.

Descriptores: Caso clínico. Odio. Pulsión de muerte.  
Psicoanálisis de niños. Violencia.

*Silvia Nussbaum*  
Barrientos 1566, 10° "C"  
C1115ABB Buenos Aires  
Argentina